

El valor del *reconocimiento* en la construcción de la identidad en América Latina ¹

Andrea Díaz (Uruguay)

adigen_200@yahoo.com

Profesora universitaria

Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad de la República

La identidad y su nexa con el reconocimiento es una problemática planteada por Charles Taylor en un libro titulado: *El multiculturalismo y la "política de reconocimiento"* (1993). Parece ser que en lo que se refiere al multiculturalismo y a las políticas de reconocimiento existe una exigencia de integrar los términos de igualdad y diferencia. La problemática se ubica en el entorno de las identidades culturales basadas en sexo, raza, etnicidad, religión, etc., y de las democracias liberales (como es el caso de los EEUU y Canadá, a los que se refieren principalmente los autores) y su necesidad de reconocer en forma igualitaria los derechos y deberes de los integrantes de una comunidad. Es decir, se trataría de lograr un equilibrio complicadísimo desde las instituciones públicas en sociedades democráticas, entre igualdad y diferencia, reconocimiento de las diferencias culturales (de las identidades de las minorías culturales y en desventaja) y su reconocimiento como iguales en la esfera de lo político. Quizás este tema nos toca tan de cerca, porque nos ayuda a plantearnos cómo pensar comunidades donde se puedan sostener, como dice Amy Gutman (una de las colaboradoras de Taylor), sociedades donde tengan lugar espacios de desarrollo de las diversidades humanas. No parece esto posible sin una política de reconocimiento digno de las diferencias culturales de ciertos grupos. Esto tiene, por supuesto, algunos problemas, por ejemplo: cómo respetar aquella cultura donde no se respetan otras culturas, o aquellas culturas que se oponen en algún sentido a los derechos humanos, etc. El problema no es sencillo y no es posible resolverlo en este artículo, pero sí por lo menos plantearlo. Esta posibilidad de "regular" las diferencias desde el Estado, sólo es posible si existe un equilibrio precisamente entre las políticas igualitarias, y las igualmente igualitarias políticas de reconocimiento a las diferencias.

Deberíamos ser cuidadosos a la hora de aplicar, esta idea de multiculturalismo a América Latina. Dice Retamar: "Pero existe en un mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para el cual el mestizaje *no es el accidente, sino la esencia*, la línea central: nosotros,

¹ Este artículo es extracto de uno de los capítulos del libro de la autora que próximamente saldrá bajo el nombre *La construcción de la identidad en América Latina. Una aproximación hermenéutica*, Montevideo, Nordan Comunidad, 2004.

nuestra América mestiza” (Fernández Retamar, 1973:9, las cursivas son nuestras). Lo que nos interesa afirmar aquí, es que si bien en América Latina habitan diversas o múltiples culturas, el indígena está lleno de “occidente”, así como el occidental, o la forma de ser occidental en América Latina, está llena de indígena, negro y todas las mezclas que nos podamos imaginar, en mayor o menor proporción. En este sentido, no se trataría solamente de respetar aquellos aspectos de las culturas minoritarias, que hoy pueden ser entre otros los indígenas, o los negros (la proporción va a depender de los países de los cuales estemos hablando, pues por ejemplo en Guatemala la mayoría son indígenas, alrededor del sesenta por ciento; en México aproximadamente el diez por ciento, etc.), sino más bien reconocer esa mezcla, esa multiculturalidad a lo interno de cada latinoamericano. No podemos entender Latinoamérica solamente como una sociedad donde conviven diversas culturas cada uno en su “gueto” (como probablemente sea el caso de sociedades como la canadiense, o la estadounidense). Si somos esencialmente híbridos, eso significa no sólo reconocer la otredad afuera, respetar sus derechos, sino reconocer que ese otro que respetamos y reconocemos afuera, somos nosotros también y esto es sumamente complejo.

Lo que nos preocupa en esta investigación tiene que ver principalmente con algunos aspectos planteados por Taylor. En las políticas del multiculturalismo se torna esencial el tema de reconocimiento precisamente por su relación fundamental con el tema de la identidad. El término identidad que usa Taylor, designa algo equivalente a la “interpretación que hace una persona de lo que es y sus características definitorias como ser humano”. La tesis que plantea Taylor en el ensayo, es que nuestra identidad se “moldea” en parte por el reconocimiento o por la falta de éste. “(...) Y así un individuo o un grupo de personas puede sufrir un verdadero daño, una auténtica deformación si la gente o la sociedad que le rodean le muestran, un cuadro limitativo, degradante o despreciable de sí mismo” (:43-44)

Esta relación que hace Taylor entre reconocimiento o falta de él, para la construcción de identidades se torna un tema central para América Latina. La hipótesis de la que partimos gira en torno al hecho, precisamente, de que si se toma la historia de América Latina a partir de su independencia política de la Colonia, el problema de la identidad se torna una obsesión temática. Ya no se trataría, según nuestro punto de vista, de tratar una y otra vez de contestarnos la pregunta acerca de quiénes somos, sino de preguntarnos, de problematizar el hecho de por qué nos planteamos tan insistente y reiteradamente esa pregunta.

Nos preguntamos quiénes somos porque continuamente hemos sentido amenazada nuestra identidad. Detrás de esta amenaza, más entendida como síntoma que como enfermedad, campea una colonización que libra una batalla histórica aun no saldada y que se infiltra en la propia mirada que tenemos acerca de nosotros mismos; mirada que condiciona nuestras posibles respuestas, nuestras posibles narraciones. Continuamente hemos incurrido en distintos discursos, relatos, narraciones acerca de nosotros mismos, a la construcción de una identidad que supone una falta de reconocimiento de ciertos aspectos fundamentales de nuestra cultura². No sólo

² Dice Bonfil “La razón es simple y una sola: los grupos sociales que han detentado el poder (político, económico, ideológico) desde la invasión europea hasta el día de hoy, afiliados por herencia o por circunstancia a la civilización occidental, han tenido siempre proyectos históricos en los que no hay cabida para la civilización mesoamericana”(1994:102).

hemos negado sistemáticamente ciertas formas de ser humano que nos constituyen como sociedad y cultura, sino que le hemos quitado a través de la ausencia o el no reconocimiento en ciertos relatos, o no habilitando sus propios relatos, su dignidad como seres humanos. Y esto tiene una larga data, ya en la época de la colonia se planteaba el hecho de, si los indígenas eran seres humanos o no (de los negros no se preguntó). A partir de 1492 es verdad que existe un “choque” de dos culturas (o de una cultura dominante, imperial, con la diversidad de culturas que formaban la América prehispanica), pero este “choque” es asimétrico, se reconoce “la cultura” como la cultura de los colonizadores; no sólo se mata a indígenas sino también se trata de liquidar sistemáticamente las culturas de los pueblos colonizados. Dussel afirma, en uno de sus libros, que a partir de la colonización España nace a la modernidad (la primera nación moderna para el filósofo). ¿Y en qué sentido dice esto? Pues en el sentido que allí España se reconoce por primera vez como centro en relación con una periferia. La cultura que se conforma como centro precisamente a partir de una periferia; se siente por ello mismo con el poder y el legítimo derecho de colonizar la otra cultura, de reconocer o descartar aquello que le parece de acuerdo a sus criterios, de seleccionar, eliminar, matar, etc. De conformar en definitiva una cultura de acuerdo a su patrón. Desde la colonización por lo tanto, los “reconocimientos” aparecen cuestionados. Quizás la historia de las políticas de reconocimiento a los indígenas (lo que se ha dado en llamar el indigenismo³) tenga mucho que ver con los “falsos reconocimientos” de los que habla Taylor. Lo que nos importa ahora es entender cómo la identidad de los pueblos, de las diversas culturas que conforman un pueblo, pasa, desde el punto de vista social como individual, de la historia social e individual, por el reconocimiento de esas culturas o la falta de reconocimiento. En los países latinoamericanos, y para nadie es desconocido esto, los indígenas y las diversas culturas que conforman son negadas, discriminadas o simplemente no reconocidas. La historia de América Latina puede ser escrita como una historia de etnocidio, aniquilación de las culturas indígenas y negras.

Debemos reconocer que parte de nuestra preocupación por el tema de la identidad radica, en notar la falta de reconocimiento o el falso reconocimiento de las alteridades que nos constituyen. Si es que somos culturas híbridas, como menciona Canclini, precisamente nuestro problema de identidad tiene uno de sus orígenes en el reconocimiento exacerbado de uno de los aspectos de nuestra identidad y el desconocimiento o la falta de reconocimiento de los otros. Vale decir, como decíamos en los capítulos anteriores, si somos producto de la mezcla étnica de lo europeo occidental (como el componente colonizador), lo indígena y lo negro (con lo que ya traen de mezcla estas culturas); como herencia colonizadora hemos insistido en ese relato histórico, cultural y de poder, que implica una construcción de nosotros mismos que insiste en negar las alteridades que nos constituyen. Ese querer ser los otros dominantes, imitar, copiar, en otros términos ser como occidente, como el “amo”, el colonizador y negar nuestros componentes indígenas y negros, entre otros de los tantos asesinatos que de la diversidad humana se hacen para construir culturas homogéneas, sin fisuras, dominantes. La estructura colonial que aun persiste en los pueblos latinoamericanos, ha llegado a conquistar también esa idea que tenemos de nosotros mismos. Tan fuerte llega a ser el componente racista, deudor de este pasado colonial, que puede verse la clara correlación que en gran parte de América Latina existe entre

³ Véase lo que dice Batalla Bonfil a este propósito, 1994: 172 y ss.

los rasgos somáticos de filiación europea y grupos sociales y económicamente privilegiados (puede haber claro está, excepciones). En Uruguay con menos del diez por ciento de población negra, el noventa y nueve por ciento de ellos, está bajo condiciones de pobreza (¡vaya casualidad!). La mayoría de los negros tienden a ocupar roles “subalternos” dentro de la sociedad, con condiciones económicas pésimas (personal doméstico, o en el caso de los hombres personal militar en los grados más bajos)⁴. En el caso de México, ver los rasgos físicos de las personas que ocupan lugares de poder, o de cultura, etc., es percibir claramente la verosimilitud de nuestras afirmaciones. Incluso en sociedades como México con una mayoría mestiza, en el que los rasgos somáticos de filiación europea, puede ser mínimo o casi inexistente en la población, los modelos de venta de ropa, o de propagandas de venta de productos para bebés, son de personas rubias (de tipo nórdicos, y decir que estamos precavidos, sino deberíamos pensar que en vez de México estamos en Suecia). Salvo cuando muestran alguna publicidad de los sectores más marginales de la sociedad, por supuesto ahí los modelos son siempre indígenas (y sus “salvadores”, por supuesto, son mestizos o “blancos”). Ser negro y ser indio, es ser ciudadanos de segunda clase en nuestras sociedades, y esta negación de la alteridad “afuera” de nosotros, tiene su correlato, en la otredad que negamos a lo interior de nuestra cultura “híbrida” y a lo interior de nuestro ser (y que intenta negar sistemáticamente el mestizo como veremos luego cuando analicemos la figura del ladino). Dice a este propósito Bonfil Batalla:

En este racismo, hay mucho más que una preferencia por ciertos rasgos o tonalidades. La discriminación de lo indio, su negación como parte de “nosotros”, tiene que ver más con el rechazo de una cultura que con el rechazo de la piel bronceada. Se pretende ocultar e ignorar el rostro del indio de México, porque no se admite una vinculación real con la civilización mesoamericana. La presencia rotunda e inevitable de nuestra ascendencia india es un espejo en el que no queremos mirarnos (: 43).

Espejo en el que no queremos reconocernos. Si algo le faltó decir a García Canclini en su libro *Culturas Híbridas* es que todas las “naturalezas” que constituyen esa mezcla que somos, no son reconocidas por igual, que existe una *asimetría* entre culturas, que esa identidad compacta que pretendemos ser, y que nos relatamos acerca de nosotros mismos, está asentada en el asesinato de los otros. Y ese es nuestro gran problema. Eso es lo que “limita” el relato que acerca de nosotros mismos construimos constantemente y que no podemos terminar de componer, no sólo porque nunca podemos sensatamente terminar de componer una idea de identidad que fluye con los acontecimientos y la vida, sino porque nuestra identidad pretende detener el movimiento de la vida, en favor de una clase de hombre, de una clase de sociedad en la que unos dominan y otros son los dominados. En donde claro está, el modelo del ser humano *par excellence* es el de los dominadores.

El papel de la educación

Este “reconocimiento” de la diversidad cultural que somos, esta relectura constante de la historia, que necesitamos a partir del reconocimiento de la diversidad, debe pasar por el reconocimiento en nuestra educación de todas las culturas negadas. No reflejadas en los textos

⁴ V. Díaz Andrea, (enero de 1995).

o simplemente “denigradas”⁵. Hoy en día, es un foco de debate en muchas universidades del Norte, la problemática del posible currículum de las Humanidades (v. Taylor, 1993, comentario de Amy Gutman). A partir de la problemática del multiculturalismo, se está cuestionando, qué lugar y qué dignidad se le da a las distintas culturas. Los que en la actualidad tienen preferencia son los varones, blancos. Debe darse lugar a los no europeos, a las mujeres, a otras lenguas. Por ejemplo, analicemos brevemente el caso mexicano. Las sesenta y nueve lenguas que hay en México – español, sesenta idiomas tradicionales indígenas más los ocho provenientes de Guatemala – no son consideradas iguales. Una, el español, es la lengua del conquistador, y las restantes lo son de los dominados. Como es sabido, cuando se establece una relación de dominación-dependencia pronto los atributos del grupo dominante se convierten en los superiores, y su lengua, además, como parte de esos atributos, la única socialmente válida; mientras que los atributos de los dominados son inferiores, y su lengua, por ende, socialmente poco válida. Y esta relación, que se muestra tan clara entre el español y las lenguas indígenas, es aceptada por todos, dominantes y dominados, lo que aumenta el sojuzgamiento de estos últimos. Sucede entonces en este contexto, que cuando se usa la lengua indígena, ésta se convierte en una característica del dominado, esto significa falta de reconocimiento e inferioridad. Ocurre que aquellos que se resisten a ser considerados inferiores, pero a la vez asumiéndolo, pues asumen su condición de inferioridad imputada por otros, niegan de esta manera su lengua materna india, sobre todo cuando ya se habla lo suficiente español como para poder ocultarlo. El indicador lingüístico es tan fuerte, que muchos llegan a considerar que basta con dejar la lengua indígena por el español para dejar de ser indio. Y este es un ejemplo entre tantos otros, de este fenómeno de falta de reconocimiento. No existe posibilidad de que estas personas consigan reconocimiento sino es a partir no sólo en la letra sino también en hechos del reconocimiento de esas lenguas, la enseñanza y el aprendizaje de las mismas, su espacio en el currículum escolar. Porque simplemente la omisión de estas culturas en el currículum escolar, tiene como consecuencia que los estudiantes de los grupos excluidos reciben directa o indirectamente una visión humillante de ellos mismos, como si toda la creatividad o valía viniera de los hombres blancos europeos.

Dice Taylor:

(...) lo último que en esta etapa desearíamos de los intelectuales etnocéntricos son juicios positivos sobre el valor de las culturas que no han sido estudiado a fondo, ya que los auténticos juicios de valor suponen fusión de horizontes normativos, como hemos visto; presupone que hemos sido transformados por el estudio del “otro” de modo que no sólo juzgamos de acuerdo con nuestras normas familiares. Un juicio favorable pero prematuro, no sólo sería condescendiente, sino etnocéntrico: elogiaría al otro...por ser como nosotros. (: 104)

Quizás eso es lo que hemos hecho y hacemos siempre: juzgar lo indígena, lo negro, los demás componentes de la cultura con la mirada occidental, con lo que se considera la “única” cultura, único juez que instaura el poder desde su torre de autoridad cultural y dictamina que es lo bueno y lo que no lo es. En cuanto a esta “fusión” de culturas que se necesita para entrar en el “horizonte hermenéutico” del otro, reiteraríamos el caso de que los latinoamericanos lo tenemos

⁵ En este mismo sentido, en los Acuerdos de San Andrés (diálogo entre el Gobierno federal, y el movimiento zapatista de México, celebrado en Chiapas) se manifiesta que: “Se recomendará a instancias nacionales la revisión de los programas, libros de texto y materiales didácticos destinados a los niños mexicanos, para que reflejen y propicien el respeto hacia la pluralidad cultural de nuestro país. Incluir en la educación de la población no hablante de lenguas indígenas, elementos básicos de alguna lengua indígena de la región”

a lo “interno”, nuestras culturas híbridas implican una fusión de culturas (aunque esto no implica que todas tengan el mismo derecho, como ya dijimos). Podemos entender a los “otros”, porque los otros están en mí. Y a su vez ellos, ya no como otros sustancializados, sino también desde su centro, pueden entender a los “otros”: la cultura occidental, porque ya han sido penetrados -para bien o para mal- por ella. Como dice Villoro “Ya no se trata de oponer una imagen nueva a la que el dominador presenta, porque la cultura del dominador ya ha marcado profundamente (...)” (Ruiz 1996: 27). *La construcción de la identidad en América Latina no pasa por la negación de los otros, sino también por la identificación con el otro que hay en mí.*

Bibliografía

- Baez-Jorge, Felix, comp., *Memorial del etnocidio*, Xalapa, Ver., México, Universidad Veracruzana.
- Belli, Gioconda y varios autores, 1996
- La interminable conquista*, Costa Rica, DEI, 1994
- Bonfil Batalla, Guillermo,
- 1994: *México Profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo.
- 1999: *Pensar Nuestra Cultura*, México, Alianza Editorial.
- Díaz Genis, Andrea
- 1994, diciembre: “Vida de negros en Uruguay” en *Revista Cultural Graffiti*, Montevideo, nro. 48, año 5, pág. 76
- 1995, enero: “Racismo y xenofobia: larga mirada al África ancestral” en *Semanario Brecha*, Montevideo, año 10, nro. 475, pp.9-10.
- Fernandez Retamar, Roberto,
- 1973: *Calibán*, Montevideo, Aquí testimonio.
- Fernández, Eugenio,
- 1995: “El otro que me habita”, en *La Balsa de la Medusa*, España, pp.65-67.
- Gadamer, Hans, Georg,
- 1997 y 1994: *Verdad y Método I, II*, Salamanca, España, Ediciones Sígueme.
- García Canclini, Nestor,
- 1990: *Culturas Híbridas*, México, Grijalbo
- García Canclini y otros,
- 1994: *Comunicación identidad e integración latinoamericana*, México, UIA.
- Gallardo, Helio
- 1993: *500 años, Fenomenología del Mestizo*, Costa Rica, DEI
- Ruiz, R.E ,
- 1996: *Reflexiones sobre la identidad de los pueblos*, México, El Colegio de la Frontera del Norte.
- Taylor, Charles,
- 1993: *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*, México, FCE.
- Zea, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, FCE, 1999